

Alfonso BerrocalUniversidad Autónoma de Madrid
aberrocalb@hotmail.com

*María Zambrano en el corazón
paradójico del testimonio.
La autobiografía como problema
Maria Zambrano Inside
the Paradoxical Heart of Testimony.
The Autobiography as a Problem*

Resumen**Abstract**Recepción: 11 de julio de 2016
Aceptación: 2 de noviembre de 2016Aurora n.º 18, 2017, págs. 6-17
ISSN: 1575-5045
ISSN-e: 2014-9107
DOI: 10.1344/Aurora2017.18.1

Este artículo examina una serie de textos de María Zambrano sobre la guerra civil y el exilio y se aproxima a obras como *La confesión*, *género literario* o *Delirio y destino*. A través de ellos se pretende poner de manifiesto la postura distante de la autora respecto al género autobiográfico. Un género que aparece como problemático desde el punto de vista filosófico y político, a pesar de la fuerte vocación testimonial de Zambrano.

This article examines a series of texts by Maria Zambrano about civil war and exile, and refers to works such as *La Confesión*, *género literario* and *Delirio y destino*. Through them it highlights the distant position established by the author regarding the autobiographical genre. A genre that appears as problematic from both the philosophical and political points of view, despite the strong testimonial vocation of Zambrano.

Palabras clave**Keywords**

Autobiografía, memoria, géneros literarios, guerra civil, exilio

Autobiography, memory, literary genres, civil war, exile

1. No citamos por la revista sino por María Zambrano, «A modo de autobiografía», en *Obras completas*, vol. VI. Director y coordinador: Jesús Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2014, pág. 715.

Hacia 1987 a María Zambrano se le brinda la posibilidad de hacer algo así como un ejercicio de rememoración con motivo de un número de los «Suplementos» de la revista *Anthropos* dedicado a ella. Su «A modo de autobiografía» aparece como un broche, un acompañamiento a los propios textos y a los estudios recogidos en dicho número que se presenta a los lectores con voluntad de homenaje y divulgación. Instalada en Madrid desde 1984, y contando con que el clima cultural es relativamente favorable tanto a su persona como a los testimonios del exilio, la ocasión parece propicia para recordar. Sin embargo, nos encontramos con unas palabras un tanto inquietantes: «Yo no soy nadie, yo no soy ninguno; y ¿cómo, si no soy ninguno, puedo tener una autobiografía?».¹

«No ser nadie», es *un decir*,² «no tener autobiografía» es una declaración que manifiesta, al menos, una relación ambigua o paradójica con un yo-narrador de los sucesos relevantes de la propia vida, de acuerdo con un tiempo histórico determinado, con el sentido y la unidad a la que aspira formalmente toda narración memorialística. A eso podría referirse cierta explicación perteneciente al mismo texto:

Mas lo que resulta imposible en principio es revelarse a sí mismo, es decir, hacer eso que se llama una autobiografía, porque habría que hacerla en la forma más pura y transparente, es decir, incluyendo los momentos y las épocas enteras de oscuridad en que uno no está presente a sí mismo. [...] Me siento incapaz de revelar mi propia vida; querría, por el contrario que alguien me la revelara.³

El hecho de que una narración del yo deba incluir necesariamente las «épocas enteras de oscuridad» y que la «revelación» de la propia vida solo sea veraz y posible merced a un agente externo, socava de alguna manera el esquema tradicional de toda aspiración autobiográfica, o no hace sino insistir en su imposibilidad. Especialmente, en lo que concierne al dominio y construcción que el yo hace de sí mismo, tanto en relación con su tiempo como con los demás. Y, sin embargo, como nadie discute, no es difícil encontrar en el pensamiento de María Zambrano la fuerte huella de la propia experiencia, de lo biográfico, bajo esa voluntad de llevar la presencia de la vida a la filosofía.

El texto al que nos estamos refiriendo no deja de ofrecer una imagen de la propia vida, poblado de bellas evocaciones metafóricas de lo que Zambrano «quiso ser» (caja de música, templario, centinela), distinguiéndolo cuidadosamente de lo que simplemente se es, en un gesto que subraya, nuevamente, la imposibilidad de la autobiografía. Del mismo modo contiene valiosas reflexiones sobre la propia obra y sus referentes.⁴ Como sucede en muchos de los textos de María Zambrano que tienen cierto carácter testimonial hay una clara y deliberada preferencia por la evocación y por lo simbólico, antes que por el dato o el hecho concreto, la descripción puntual.

El tipo de autobiografía de la que Zambrano tomaría cierta distancia o, mejor dicho, manifestaría su imposibilidad sería, en términos generales, esa narración que se caracteriza por mostrar una identidad entre el narrador y el autor, por un lado, y en la que los hechos narrados se postulan como sucesos ciertos, bien en su dimensión histórico-documental o bien en lo referido a la persona del narrador. Un «valor de verdad» que se establece por lo que un crítico como Lejeune ha llamado «pacto de lectura», consistente en que el lector asume la verdad de lo narrado.⁵ Otra posibilidad de la autobiografía, no menos problemática para Zambrano, es la abierta por su vecindad con la novela. Sería una forma de narración en que el yo queda ficcionalizado en personaje novelístico, y al tiempo que se constituye

2. El texto fue dictado por María Zambrano, véase la nota 1106, *ibidem*, pág. 1384.

3. *Ibidem*, pág. 716.

4. *Ibidem*, págs. 715-727.

5. Estos rasgos literarios del género autobiográfico están ampliamente explicados en Pozuelo Yvancos, J. M., *De la autobiografía. Teorías y estilos*, Barcelona, Crítica, págs. 25-30.

6. Véase *ibidem*, págs. 31-33.

7. *Ibidem*, pág. 32.

como ente proyectado, «retórico», pone de manifiesto las fisuras, el carácter inasible del sujeto y de la subjetividad; un modelo narrativo que ha cosechado un gran éxito en las interpretaciones posestructuralistas.⁶

Pero antes que establecer el debate en términos de crítica literaria o preceptiva de los géneros, creemos que las distancias de Zambrano respecto a estas formas de autobiografía obedecen a una serie de cuestiones que —como queremos explorar en este artículo— responden a un sentido particular y enraizado de la experiencia, toda vez que la experiencia determinante es algo como la guerra civil y el exilio, con su desgarrar temporal. Una herida en el tiempo lo suficientemente honda para que todo suceso de la propia vida no deje de medirse de un modo u otro con ello, y por tanto creando una serie de fisuras en el paisaje temporal de un yo y sus vivencias. Y, en la órbita de este desgarrar, intervendrían una serie de problemas filosóficos concernientes a la construcción del sujeto, según su origen en el programa cartesiano, y según «la novelería del personaje»; referentes también a la implícita noción de verdad como «objetividad» de los hechos referidos a la propia vida o la supuesta unidad del tiempo o de *los tiempos*, pues no en vano una de las funciones de la autobiografía —y ese es uno de los rasgos de su modernidad— consiste en ser «una restitución del pasado como modo de conjurar la fugacidad de la vida perdida».⁷

Así pues, y tras esta apresurada enumeración, podríamos afirmar que al mismo tiempo que en María Zambrano se manifiesta una clara vocación rememorativa y testimonial —sin duda de raíz ética y política—, la reflexión sobre la propia memoria le llevaría a identificar una serie de problemas filosóficos que dificultan o imposibilitan su expresión como autobiografía, según el modelo tradicional. Es lo que llamamos «corazón paradójico del testimonio» para intentar definir esas tensiones que pueden manifestarse a través de algunos textos —en particular los referidos a la guerra civil y primeros años del exilio— como en obras bien sean de reflexión como *La confesión, género literario*, o bien de evocación, o establecimiento de un relato que tiene que ver con la propia vida —no diremos autobiográfico— como *Delirio y destino*. La lectura de algunos textos de carácter testimonial escritos entre 1937 y 1945 permite identificar algunas de las tensiones que nos pueden poner en la pista de las precauciones de Zambrano respecto del modelo autobiográfico.

Todavía un texto como «Españoles fuera de España», escrito en julio de 1937, encaja plenamente en una voluntad narrativa al modo del testigo presencial y de dotación de sentido a lo presenciado. Así da cuenta de lo sucedido a unos soldados republicanos recluidos en Villa Cisneros por las tropas franquistas, en cuya evasión contaron con la ayuda de sus vigilantes, no solo por la camaradería propia de los soldados sino por un pueblo que se reconoce a sí mismo a pesar de todo:

Pueblo al fin, aunque sin el ímpetu heroico, estos desgraciados de las huestes franquistas no son capaces de resistir la presencia leal, la mirada verdadera que siempre sentirán como una acusación, de estos magníficos españoles, que envueltos en su dignidad [...] no daban crédito sino a sus corazones.⁸

Sin duda, el relato y su sentido está subordinado a la contienda y a la causa defendida. Su escritura coincide con el regreso de María Zambrano a España en junio de 1937, desde Chile.⁹ El texto será publicado, en *Hora de España* (núm. VII, julio de 1937), en una sección fija que lleva precisamente el título de «Testimonios», donde a lo largo de sus números, menudean los relatos de heroísmo y entrega a la causa, propio del contexto de guerra como puede ser el mantenimiento de la moral del propio bando. El elemento que destaca Zambrano, esa mirada por la que el pueblo se reconoce y se identifica como perteneciente a una misma «sustancia», a una misma materia, estará bien presente en algunos de sus escritos de ese tiempo. Reaparece en las *Cartas a un maestro de filosofía*, cuando dice haber cruzado la mirada con una mujer que llevaba un niño en brazos y otro de la mano, en una calle desierta ante un bombardeo inminente y cómo esa mirada —y lo que contiene de identidad y reconocimiento— actúa como pequeña resistencia contra la destrucción, contra una amenaza: «que no siento contra mi vida individual, sino contra la vida misma, una amenaza sin fronteras, sin dirección concreta, sin límites, una amenaza contra el aliento mismo de la vida».¹⁰

Tras la guerra civil y su desenlace, en unas circunstancias que resultarían, a primera vista, especialmente propicias para una escritura evocadora de lo vivido y de lo padecido es, sin embargo, el momento en que la posibilidad de esa escritura empieza a volverse compleja. No por ello se atenúa el compromiso, ni la memoria del fuerte sentimiento de comunión y hermandad que manifestó Zambrano durante la guerra, más que con una causa política —que también— con una causa humana, pues la guerra civil no deja de ser percibida como una agresión contra lo constitutivo del hombre, la naturaleza misma de su ser social, su unidad como pueblo. Un elemento que dificulta la construcción de un yo que domina la narración de lo que le acontece, estaría vinculado con el grado con que se produce esta identificación. La identidad con el pueblo y su destino podría definirse como «carnal», en la medida en que forma parte de un mismo tejido, un mismo «cuerpo» que trasciende toda individualidad, del que no se puede desgajar un yo como sujeto del testimonio. Cuanto sucede le sucede al pueblo, de la misma manera que la destrucción no se cierne sobre la vida particular sino sobre la misma vida. Si la identidad es con el pueblo —un pueblo que está viviendo una tragedia sobrevenida—, no puede ser, por tanto, con el propio yo.

Esta idea reaparece en los textos dirigidos a Ortega y Gasset, ya acabada la guerra y en los primeros momentos del exilio, donde,

8. Zambrano, M., «Españoles fuera de España» (julio de 1937), en *op. cit.*, vol. VI, pág. 241-242.

9. Véase Moreno Sanz, J., «Cronología de María Zambrano», *ibidem*, pág. 65.

10. Véase Zambrano, M., «Cartas a un maestro de Filosofía», *ibidem*, págs. 243-245.

11. Zambrano, M., «Los intelectuales en el drama español. Los que han callado. Ortega y Azorín», en *op. cit.*, vol. VI, pág. 263.

12. *Ibidem*, pág. 260.

13. *Ibidem*.

incluso, «lo personal» se identifica con aquello que se censura, el silencio del maestro, o el intento de «quedar exento». Aunque más que un reproche, el texto tiene más bien el tono de una declaración que solo pudiera producirse en presencia —figurada— del maestro, un claro acto testimonial —acaso con reminiscencia de juramento— ante Ortega y su magisterio filosófico y político, donde, significativamente, no predomina otra primera persona que la del plural:

Todos, todos hemos sido llevados a participar en la tragedia, hemos sido protagonistas de ella en una cierta manera. ¿Por qué atreverse a definir esta manera, a trazar su forma única? Pues al fin hemos sido contendientes, y como tales, no hemos podido apresar la totalidad, como nunca en la vida podemos hacerlo. Porque la verdad absoluta es incompatible con el hecho de estar vivo. Lo único que podemos pretender es haber tenido nuestra verdad y haberle sido fieles hasta el fin, seguir siéndolo, ya que el fin, claro es, no ha llegado, conciencia clara de todo lo que lleva consigo abrazar una causa, el lanzarse o ser lanzado al ruedo de arena ensangrentada; valor para aceptar la responsabilidad de lo que no hemos hecho ni seríamos capaces de hacer, responsabilidad incluso de lo que reprobamos y procuramos evitar en la escasa medida de nuestras fuerzas [...] en suma virtudes de mártir, de testigo.¹¹

Estas palabras pertenecen ya al exilio, pero precisamente por eso, ese nosotros que habla —que habla acaso, también por los que ya no pueden hablar— no puede sino asumir la responsabilidad del «delirio» del pueblo. La única forma posible de construir y salvaguardar un yo es sustrayéndose, algo lícito —según la propia Zambrano—, mantenerse en los límites morales de ese yo que puede testificar «no haber tenido nada que ver con eso»¹² —léase los excesos revolucionarios—, pero que solo puede hacerse a costa de falta de amor y misericordia, de «caridad hacia la carne de nuestra carne que ha pecado».¹³ Quizá es de ese amor de lo único que se puede testimoniar sin caer en los laberintos de las justificaciones personales, de los hechos sesgados, de las vivencias individuales. Podemos entender, en este contexto, que en nombre de esa postura ética, de esa fidelidad *religiosa* al pueblo y su destino, el yo queda inhabilitado para establecer su relato, ya que dicho relato sería de algún modo semejante al gesto de sustraerse. Al yo que se ha vivido y experimentado como disolución en otro (el pueblo) hay que añadir una circunstancia como la del exilio y la derrota, que supone un profundo corte tanto en el tiempo como en el sentido de la historia. No es casual que todavía a la altura de 1945 y en un contexto en que se conmemoraba el aniversario del comienzo de la guerra civil, y acaso, en un clima en que el exilio español albergaba aún la esperanza de un regreso en función del desenlace de la contienda mundial, María Zambrano dice:

[...] corro un grave riesgo que quiero evitar a toda costa: el riesgo de caer en una evocación de recuerdos; y eso no, porque *no ha llegado todavía para nosotros, los españoles refugiados, no ha llegado el instante*

de ese lujo supremo de poder recordar, de poder llorar [...] y, sin embargo, y por fuerza, he de recordar, porque solo quizá habiendo vivido determinados instantes sea legítimo hablar históricamente; mientras, y así, esta fecha del 18 de julio me permite que encuentre legítimo hablar de ello, porque pertenece a lo que llamaría mi *personal historia universal*.¹⁴

Nos desviaría de nuestro propósito preguntarnos si la historia posterior ha ofrecido un momento oportuno para recordar, o si ese instante —y lo que puede conllevar de reparación— quedó para exiliados como María Zambrano más que postergado en el tiempo, entregado irremediamente a una suerte de trascendencia. Lo que se propone, sin embargo, frente al recuerdo personal —no solo para evitar los peligros de la nostalgia y el relato del propio padecer— es, nuevamente, algo bien distinto al yo autobiográfico como la *personal historia universal*. Esta se define en términos parecidos a lo que declaraba ante Ortega, a la entrega sin reservas a un acontecimiento histórico que, a pesar de esconder un destino trágico o quizá por ello, conmueve las *entrañas* mismas de lo humano. Una prueba de fe ante la catástrofe histórica que consiste en la fidelidad a la «Sagrada Voluntad Popular».¹⁵ La historia personal es quizá todo cuanto puede constituirse como sujeto del relato y del testimonio, en la medida en que son los acontecimientos de cierto rango y conmoción histórica los que atraviesan y modelan (o deshacen) la persona, a diferencia de ese yo que los rehace en una narración propia.

Todavía en la introducción de 1977 a *Los intelectuales en el drama de España*, y teniendo presente a «los devorados por la historia», podemos constatar cómo esa fidelidad se mantiene intacta. Allí vuelve a aparecer la mirada («la mirada era lo que más valía») como elemento de identificación y salvación —en los controles de los milicianos—, y como figura simbólica de una comunión con el pueblo —«Yo soy Tú»—. Pero además, esta forma de identidad va necesariamente acompañada de la imposibilidad de lo autobiográfico, de la narración de situaciones que conciernen al propio narrador, aunque de hechos históricos se trate, y apuntando precisamente en la dirección de la mitificación de la guerra civil, dice:

Ver el «drama» convertido en objeto de estudio o en novela o en cualquier otra forma de narración. Y asistir al cuento con la normal incapacidad que el sujeto del cuento sufre de contar él mismo ese su «cuento» [...]. La visión de después en la conciencia histórica, tan necesaria como débil en este hoy, no da de sí para recoger el «drama».¹⁶

Esta certeza de que algo en el acontecimiento histórico de la guerra civil queda sustraído, en una opaca resistencia, a los esfuerzos de la explicación y de la descripción narrativa, la adquirió María Zambrano muy pronto. Aunque puede asociarse a lo expresado en las «Cartas a un maestro de filosofía», aparece en el instante mismo del exilio con toda su lucidez desgarradora. Nos referimos al texto «España sale de sí», una descripción del paso de la frontera, que por

14. Zambrano, M., «Discurso pronunciado por la Dra. María Zambrano el día 18 de julio de 1945, en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, con motivo de la conmemoración del noveno aniversario de la Guerra Civil española», en *op. cit.*, vol. VI, pág. 273 (las cursivas son nuestras).

15. Las mayúsculas son de la propia Zambrano, *ibidem*, pág. 274.

16. Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España*, en *Obras completas*, vol. 1, edición dirigida por J. Moreno Sanz, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015, pág. 132.

17. Zambrano, M., «España sale de sí (finales de enero-comienzos de febrero de 1939)», en *op. cit.*, vol. VI, pág. 254 (las cursivas son nuestras).

18. Agamben, G., *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo sacer III*, Valencia, Pre-Textos, 2000, pág. 34.

19. *Ibidem*, pág. 34.

20. Véase *ibidem*, págs. 15-29.

no referirse tanto a su persona como al pueblo, presenta unas claras connotaciones bíblicas. Pero lo que se pone de manifiesto es la tensión entre una clara vocación de memoria, de fijar el acontecimiento vivido, al tiempo que se produce la captación de que algo inasible y excesivo sobrepasa el suceso mismo:

[...] la escena es antigua, nada en la historia moderna se le asemeja y en medio del inmenso dolor hay una *intensa conformidad por haberlo visto*; y por haberlo visto como únicamente puede verse: *desde dentro, formando parte de ello, siendo parte dolorida* [...]. Lo que ocurre no tiene definición y es tan tremendo que se ha olvidado al enemigo. [...] Lo que ocurre es algo que solo puede tener lugar entre un dios terrible y el hombre [...] Lo que ocurría era tan tremendo que con ser grande el desastre militar, *no podía ser referido a él*.¹⁷

Giorgio Agamben ha abordado lúcidamente cuestiones como la imposibilidad del testimonio y el sentimiento de ilegitimidad del superviviente a raíz del Holocausto, partiendo, precisamente, de la posición de «lo no dicho» y de lo *in-testimoniabile* en la memoria de supervivientes como Primo Levi. La experiencia del campo deja como única posibilidad la de «dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar»,¹⁸ ya que el testimonio completo sería el de aquellos que no pueden darlo, y este extremo obliga tanto a reinscribir constantemente el testimonio como a no poder dejar de representarse el suceso; a sentir, por tanto, la propia supervivencia como una carga. La magnitud del acontecimiento fractura el valor mismo del testigo y del testimonio en su sentido jurídico (ningún juicio puede restituir la justicia ante el horror de eso *in-testimoniabile*). La raíz ética —según propone Agamben— del testimonio, la única ética que puede asumir el testigo, consiste, precisamente, en esa paradoja entre la imposibilidad del testimonio y la «vocación de la memoria» que es propia al superviviente.¹⁹ Por otra parte, los significados mismos de «testigo» y «superviviente» se vuelven, a su vez, incapaces de adaptarse éticamente y completamente a lo vivido, según manifiesta el propio Agamben, ni siquiera remontando esas palabras a sus orígenes etimológicos latinos y griegos de *testis* («el que se sitúa como tercero»); *superstes*, que identifica con el superviviente y con la responsabilidad que conlleva serlo, y por último el *martis*, el mártir, no en su valor religioso, sino en la forma testimonial que dota de sentido al «escándalo» de una muerte que no lo tiene.²⁰

Lejos de pretender cualquier comparación imposible, ya que los campos de la muerte aparecen como lo incomparable en la trágica historia europea del siglo XX, sí nos parece, sin embargo, que la interpretación de Agamben que propone como ética del testigo la imposibilidad del testimonio en nombre de aquello *in-testimoniabile*, puede aplicarse —con todos los matices y tonalidades precisas— a la forma en que se expresa la memoria de la guerra civil y del exilio —y con ellos de la propia vida— en algunos textos de María Zambrano. Podemos componer una imagen: la de María Zambrano

comenzando un diario, anotando algo en él, que luego quedará como abandonado, aplazado, para ser retomado tiempo después en otras hojas, otro cuaderno. Ese gesto, que acompañó toda su vida intelectual, bien puede ser interpretado como un mero ejercicio de escritura, la huella de un desván del pensamiento y la elaboración de ideas. Pero también acaso dé cuenta, en su discontinuidad, de la presencia de lo in-testimoniado, de «las épocas enteras de oscuridad» en forma de interrupción. En una de esas anotaciones personales, la que sigue al paso de frontera descrito en «España sale de sí», habla, precisamente, del sentimiento de ilegitimidad del superviviente:

Hay ciertos acontecimientos que, una vez pasados, parecen haber tocado el fondo último de la vida, y el que los vive siente haber agotado mediante ellos y en ellos toda la vida, y se siente, en consecuencia, superviviente.

Ser superviviente es como vivir de un modo ilegítimo.²¹

La percepción de que algo queda in-testimoniado en un suceso como la guerra civil y el exilio, la certeza de que el yo no se constituye a sí mismo, sino que su verdad se sitúa en esa tenue frontera que o bien le hace participar y entregarse a una unidad política e histórica como el pueblo, o bien se reconoce filosóficamente en su naturaleza incompleta, en su carencia, es lo que —según queda expresado a través de estos textos de 1939 a 1945, y sus resonancias posteriores— no solo dificulta una escritura de la memoria convencional, como puede ser la autobiografía, sino que son el camino que conduce, a nuestro modo de ver, a un texto como *La confesión, género literario*, publicado en 1943 y a *Delirio y destino*, en la década siguiente. Bajo la perspectiva que venimos proponiendo, la confesión aparece como una superación, una alternativa clarificadora de las tensiones que presenta lo autobiográfico.

Son precisamente las grietas abiertas entre la filosofía y la vida las que se ponen de manifiesto en las primeras páginas de *La confesión*. En ellas se reclama una verdad filosófica apta para la vida, su ausencia «dramática» se hace visible en la filosofía moderna y en el desplazamiento que describe Zambrano de la reforma o transformación de la vida —propia del mundo antiguo— a la reforma de la verdad, del conocimiento, que caracteriza a la filosofía moderna.²²

Podríamos decir, incluso, que con Descartes no solo se funda esa filosofía moderna que hará de la razón y del entendimiento el objeto de exploración, de «reforma», cuyos procedimientos para alcanzar la verdad se inscriben exclusivamente en el sujeto, categoría filosófica fundamental de la modernidad, sino que una obra como el *Discurso del método* bien puede ser considerada una «autobiografía» de ese sujeto, toda vez que al menos lo es del propio filósofo que muestra el periplo de una razón que se explica a sí misma, y que no rebasa los límites del yo que la contiene. Y quizá este rasgo fuera tenido en

21. Zambrano, M., «Hoy 3 de febrero (1940). Habana», en *op. cit.*, vol. VI, pág. 259.

22. Véase Zambrano, M., *La confesión, género literario*, en *Obras completas*, vol. II, ed. cit., pág. 74.

23. Véase *ibidem*, pág. 77.

24. Véase Nehamas, A., *El arte de vivir. Reflexiones socráticas de Platón a Foucault*, Valencia, Pre-Textos, 2005, págs. 11-34.

25. Véase Mora García, J. L., «María Zambrano, una filosofía para afrontar el fracaso», en *Aurora. Papeles del «Seminario María Zambrano»*, Barcelona, n.º 16, 2015, págs. 52-64.

26. Véase Zambrano, M., *La confesión, género literario*, en *op. cit.*, vol. II, págs. 82-83.

cuenta, de un modo u otro, por Zambrano cuando revisa los fundamentos del pensamiento moderno como alejamiento de la vida, «ensimismamiento» de la razón, y como abandono de una verdad que pueda amparar al «hombre sencillo». ²³ De algún modo, podría decirse que la autobiografía viene a ser un eco narrativo de algunos de los fundamentos filosóficos de la modernidad, por cuanto el sujeto establece un dominio sobre su propio tiempo y lo vivido en él.

La confesión se presenta pues como el lugar donde es posible restablecer «sin ingenuidad» y sin el exceso de preceptos que la razón ha de tomar sobre sí misma, la unidad de vida y pensamiento, de tiempo y realidad. Esa unidad y comunidad de existencia que quedaba sugerida en el descubrimiento griego del ser y en la noción platónica del amor. La confesión expresaría una vida de acuerdo con el pensamiento y con una racionalidad no vuelta hacia sí misma sino hacia los otros y hacia las cosas. Se ha llamado «filosofía del arte de vivir» a la pervivencia en la tradición moderna y contemporánea —en autores como Montaigne, Nietzsche, Foucault, o escritores como Thomas Mann— de algo que ha tenido que recurrir al amparo de la literatura, de cierta vocación poética para poder manifestarse en el mundo moderno: la antigua convicción griega de que la filosofía, la vida filosófica era la mejor forma de vida posible, o que al menos es posible vivir filosóficamente. ²⁴ Sin embargo, esta cuestión, para Zambrano no es, simplemente, un asunto hermenéutico o una opción de vida. La cuestión de restituir una vida de acuerdo con el pensamiento, con una razón capaz de «ordenar la vida» —como ella misma dice— apela a la urgencia del presente, a la destrucción de la vida europea cuyo paisaje no es necesario describir a la altura de los años en que se escribe *La confesión, género literario* y tras la quiebra absoluta de la vida civil y la convivencia en España. En este sentido, nos parece muy oportuna la caracterización de su pensamiento como «una filosofía para afrontar el fracaso», pues como explica el profesor José Luis Mora, los procesos de revisión de las tradiciones históricas, políticas y filosóficas que se dan en el pensamiento de María Zambrano, tienen la finalidad de restituir una forma de esperanza en la que sea posible la armonización de cierta racionalidad con la vida individual y colectiva ante, más que la apertura del propio tiempo, su desgarrar. ²⁵

En ese rasgo de la autobiografía y la escritura de memorias que consiste en la restitución de los sucesos del pasado, el paisaje del «tiempo sucesivo» —que diría Zambrano—, no hay sino el mero reconocimiento de un fracaso, la complacencia melancólica ante la fugacidad del tiempo y la inconsistencia de las cosas, el «narcisismo de objetivarse» como «ser a medias», ²⁶ razón por la que nuestra autora no deja de tomar distancias sobre el género, ya que en él faltaría siempre algo así como la permanencia de una esperanza integradora en lo real, o el vínculo con algo —el tiempo «real», lo trascendente— que revele esa unidad, o el reconocimiento y aspiración a ella, de vida y pensamiento, tiempo y realidad. Rosa Chacel

—tal vez teniendo el libro de Zambrano presente— definió claramente estas diferencias, fundamentales para nuestra autora, entre lo autobiográfico y lo propio de la confesión:

Narramos y revivimos y rehacemos para otro lo que ese otro no había vivido, lo que para ese otro no había *sido*. La confesión no consiste en revivir ni en rehacer; consiste en manifestar lo que nunca se deshizo en el pasado, lo que nunca dejó de vivir por ser consustancial con la vida del que confiesa.²⁷

Quizá un libro como *Delirio y destino. Los veinte años de una española* (1952) puede caracterizarse, precisamente, como lo que *nunca se deshizo en el pasado*, lo que el paso del tiempo no ha disuelto. Quizá porque entre sus temas principales está el nacimiento de una esperanza que ha de mantenerse a través de la tragedia, que en sus páginas queda como bordeada —aunque no por ello eludida— y del proceso intelectual que consistiría en salvarse de las trampas de la nostalgia y del amargo «ajuste de cuentas» con el pasado. Se ha señalado que la escritura de *Delirio y destino* viene a ser la realización de lo pensado en *La confesión, género literario* tanto en lo referente a la subjetividad, en un juego de «repliegue y despliegue», como a la temporalidad —en su multiplicidad de dimensiones— y que la obra es por tanto «revelación no solo de lo que se es, sino también de lo que no se es».²⁸ En este mismo sentido, a nuestro modo de ver, en *Delirio y destino* se manifiestan las huellas de las tensiones con los géneros memorialísticos convencionales presentes en Zambrano. Quizá la más evidente es la ausencia de yo, o un referirse a sí misma como otra, el «ella» predominante sea quizá el aristotélico «justo medio» —si se nos permite la expresión— en que se puede eludir el «narcisismo de objetivarse» bien sea como lo revivido por una primera persona o bien sea a través de su ficcionalización en un personaje. Las diferencias entre la persona y el personaje, tan presentes en sus reflexiones sobre la novela, lejos de ser figuras antagónicas manifiestan el conflicto entre la vida «revelada» y la «novelería», la realidad y el tiempo. Así hay personajes que siguen el camino de revelar la realidad de su persona, tal Don Quijote —que atraviesa la «novelería»— y Nina —que carga con la «novelería» de los demás—. ²⁹ Si en el propio significado de «novelería» apreciamos ciertas connotaciones peyorativas hacia lo ficticio o su exceso, el uso que del término hace Zambrano parece incidir en ese rasgo del personaje consistente en proyectarse en el tiempo, ejercer el dominio de su propia vida a través de la imagen de sí mismo, pues se trata de quienes «sacrifican la vida al ser que creen ser»:³⁰

Al personaje que «vive su vida», le acompaña, sostiene y guía un proyecto, una figura en la que se ve y a la que se va reduciendo, mientras que el ávido de ganar realidad no la tiene.³¹

Cabe pensar que una reducción semejante, si no mayor, se da en quien «re-vive su vida» a través de formas convencionales de escri-
tu-

27. Chacel, R., *La confesión*, Barcelona, Edhasa, 1971, pág. 11.

28. Ramírez, G., «Presentación», en María Zambrano, *op. cit.*, vol. VI, pág. 814.

29. Zambrano, M., *La España de Galdós*, en *op. cit.*, vol. III, págs. 530-537.

30. *Ibidem*, pág. 531.

31. *Ibidem*, pág. 535.

32. *Ibidem*, pág. 532.

33. Véase Notas 100-11, en María Zambrano, *op. cit.*, vol. VI, págs. 1474-1475.

34. Véase Zambrano, M., *Delirio y destino*, *op. cit.*, vol. VI, pág. 879. Las huellas y los rasgos definidores de esa «impersonalidad» pueden rastrearse en la «Ponencia colectiva» firmada por Zambrano junto al grupo de Hora de España y otros jóvenes de la llamada «generación de 1936», que se presentó en el II Congreso Internacional de Escritores, celebrado en Valencia en el verano de 1937 y fue recogida en *Hora de España*, Valencia, n.º VIII, agosto de 1937.

35. *Ibidem*, pág. 994.

36. Estos aspectos están ampliamente desarrollados por Caudet, F., «La otra orilla», en *El exilio republicano de 1939*, Madrid, Cátedra, 2005, págs. 21-71.

ra del yo o la memoria. La persona —dice Zambrano— no se puede reducir a personaje de novela «por muy novelesco que sea lo que le pase»,³² por el contrario un personaje como Nina, «desnoveliza».

La tercera persona de *Delirio y destino*, por tanto, bien parece el destilado de toda una des-novelización del yo, no en vano la reflexión sobre la muerte y la soledad constitutiva de la vida, su estado incompleto, aparece en las primeras páginas. En ese lugar que las autobiografías convencionales reservan a la evocación del nacimiento, la filiación, etc., declara Zambrano su «avidez» de realidad, más que de tiempo para vivir y *projectarse*. Esa des-novelización del yo se extiende, en ocasiones, en forma de peculiar elipsis de los nombres propios con los que se interactúa. Es especialmente visible en el capítulo «Recordando el futuro», donde aludir de forma vaga a quien podrían ser Ayala, Marañón, Prieto o Azaña,³³ no solo es una estrategia que desenfoca el protagonismo del narrador, sino que refuerza esa caracterización propia y colectiva de los jóvenes que forjaron la esperanza política de la Segunda República como «generación sin personalidad», de la que huían y mantenían a distancia «lo literario» de la misma.³⁴ A ese yo des-novelizado, y a esos sucesos des-personalizados, se une la particular secuencia temporal, o cómo en lugar de un tiempo lineal, se establece un centro, un núcleo temporal en torno al cual gira todo lo demás, y que constituye el vínculo fundamental, donde una vez más el yo no se apodera del suceso sino que por el contrario:

Uno de los signos de que tal proceso creador se estaba llevando a cabo, era que la vida personal no podía vacar a sus propios conflictos, carecía de disponibilidad para encerrarse en aquello que le pasaba a ella [...] pues la vida personal era levantada, sacada de sí en aquel proceso creador que la trascendía.³⁵

Referirse de forma general a algunas fracturas que presenta el texto con relación al esquema autobiográfico —narrador, sucesos, tiempo— seguramente no sea la mejor manera de hacer justicia a un libro como *Delirio y destino*. Su hondura y su belleza le hace ser un libro singular en el memorialismo español del exilio, una literatura en la que se filtra en mayor o menor grado la experiencia primera que ha de afrontar el exiliado: la reconstrucción zozobante de una identidad que está determinada por los sucesos históricos y políticos, dominada por un sentimiento de pérdida y mutilación, que conduce a una mitificación espacio-temporal y a la nostalgia, donde hasta la poesía se vuelve testimonio, «acta notarial».³⁶ Un espejo cotidiano del exilio que en modo alguno es ajeno a María Zambrano, pero del que parece salvaguardar limpiamente su memoria del periplo de justificaciones personales, enconadas amargas, evocaciones evasivas, o mera exhibición de heridas —si se permite la expresión—. Un tipo de expresión literaria, que aunque no podemos examinar aquí detalladamente, sí aludimos a ella por cuanto pudo estar de algún modo presente en la escritura de *Delirio y destino* tanto en la habili-

tación de ciertas defensas contra lo autobiográfico así entendido, como en la de resultar un contrapunto ejemplar al contexto literario en que se inscribe.

Por último, y porque no es nuestra intención abordar el asunto de un modo unilateral, sí podemos identificar *Delirio y destino* con lo que se ha definido como uno de los rasgos propios de la autobiografía: «la presencia de una voz que sustentando su verdad [...] quiere trascender la propia escritura».³⁷ Una voz que quiere ocupar el lugar de la escritura, diluyendo así un tanto la sospecha platónica sobre la misma, pues establece en la unión del sujeto y la voz-escritura, el carácter conativo de testimonio.³⁸ Sin duda entre las virtudes de *Delirio y destino* está la nítida y clara presencia de esa voz, una voz que lejos de ser «propia» es también la de los otros, la de los que ya no la tienen, una voz que como el título del primer libro del poeta Emilio Prados en el exilio, tan próximo a Zambrano, hace *memoria del olvido*:

Y ahora no puedo revivir aquella hora, entrarme en ella por la galería de mi memoria sin nombraros. No se llora cuando se está escribiendo; eso es figura retórica; pero además no quiero lloraros, os llamo tan solo porque así me llamo a mí misma, para sentir vuestra voz mezclada con la mía y poder contestaros que estoy aquí todavía, para que me llaméis desde ese silencio en que habéis caído, desde esa vida que dé el que pudimos ser, de aquel otro tan distinto que crecía a nuestro lado, mientras este que sobrevive afronta la deformación impuesta por la imagen deformada que crea el vivir con las raíces al aire. La vida se nos ha escindido; los supervivientes tenemos las raíces al aire, vosotros los muertos sois las raíces; solo raíces hundidas en la tierra y en el olvido.³⁹

37. Pozuelo Yvancos, J. M., *op. cit.*, pág. 84.

38. *Ibidem*, pág. 84.

39. Zambrano, M., *Delirio y destino*, en *op. cit.*, vol. VI, pág. 1027.